

## RESEÑA

## Ideas, actores y política

*Ideas, actors, and politics*

ACOSTA SILVA, ADRIÁN (2025).

*Ideas, actores y política. Cien años de la Universidad de Guadalajara.* Guadalajara: Editorial Universidad de Guadalajara

JOSÉ MANUEL JURADO PARRES

Maestro Emérito de la Universidad de Guadalajara

Para dimensionar el valor de esta obra, *Ideas, actores y política. Cien años de la Universidad de Guadalajara*, es preciso reconocer, primero, la autoridad intelectual de quien sostiene la pluma. Adrián Acosta Silva es, ante todo, un científico de lo social; un investigador que, armado con las herramientas de la sociología, no teme abandonar la comodidad de la historia oficial para adentrarse en un terreno por definición complejo y espinoso: la política. Es precisamente esa valentía para examinar las relaciones de poder que, *Ideas, actores y política*, enmarcado en el Centenario de nuestra Alma Mater, es un verdadero ejercicio de madurez institucional. Esta obra no es un simple anuario de efemérides ni una historia de ladrillos y edificios; es un ensayo que funciona como un espejo retrovisor: indispensable para conducir hacia adelante.

En 116 páginas, sumado a sus 113 referencias bibliográficas que abarcan 10 páginas más, el autor logra destilar la esencia política de cien años. A través de un análisis que entrelaza la historia con la política, el autor disecciona nuestro primer siglo para revelarnos que la Universidad de Guadalajara no es producto de la inercia, sino una construcción deliberada de decisiones, conflictos y acuerdos. En estas páginas, descubrimos cómo las ideas han funcionado como el “gran ordenador” de la vida pública, transformando

aquella primera “idea de universidad local” en la compleja y potente Red Universitaria que somos hoy.

Para comprender a cabalidad la arquitectura intelectual que sostiene esta obra, es necesario detenernos en la profundidad de su planteamiento. Adrián Acosta no se limita a narrar la historia superficial; su objetivo es descifrar los mecanismos profundos del poder, las reglas no escritas del juego institucional y la verdadera naturaleza de sus actores. Para lograrlo, edifica todo su análisis sobre un sólido andamiaje sustentado en cuatro premisas teóricas fundamentales: la primera establece que las ideas importan y actúan como el “gran ordenador” que da sentido a la acción política. La segunda sostiene que el gobierno universitario es un sistema dual que debe equilibrar siempre la Gobernabilidad con la Gobernanza. La tercera define a la autonomía como el “cemento” indispensable que une las funciones universitarias. Y la cuarta aclara que la autoridad no es solitaria, sino que los liderazgos son siempre producto de la gestión de intereses y coaliciones diversas.

En la página 22, aparece precisamente la distinción teórica que debería ser lectura obligatoria para cualquier funcionario universitario. El autor distingue entre Gobernabilidad y Gobernanza. Nos explica que la Gobernabilidad es nuestra capacidad política para no fracturarnos, para lograr acuerdos y paz interna. Pero la Gobernanza es nuestra capacidad técnica para adaptarnos al mundo y gestionarnos eficientemente. El comentario implícito del libro es devastadoramente cierto: una universidad puede tener mucha paz política (gobernabilidad) pero ser obsoleta (mala gobernanza), o viceversa. El reto del próximo siglo es mantener ambas.

Es en su primer capítulo, donde Adrián Acosta Silva establece los cimientos teóricos de su análisis. Lejos de ofrecernos una visión simplista, el autor nos propone un enfoque tridimensional: nos dice que la Universidad de Guadalajara no es una sola historia, sino tres historias simultáneas que se entrelazan. Es, por un lado, una historia política sobre el poder y sus conflictos; por otro, una historia académica sobre la evolución del saber; y finalmente, una historia cultural sobre la identidad y la pertenencia. En este apartado, el libro rescata el concepto de Benedict Anderson para definir a nuestra universidad como una “comunidad imaginada”. Nos recuerda que la institución no son sólo sus muros, sino los lazos simbólicos que nos hacen sentir parte de un “nosotros”. Sin embargo, el autor no cae en el romanticismo; con agudeza sociológica, y apoyándose en la teoría de las élites de Mosca y Pareto, reconoce que la universidad pública es también la gran maquinaria que forma a la “minoría organizada” o clase dirigente. Es decir, lo que ocurre en nuestras aulas tiene un impacto directo en la conformación del poder político del estado.

Pero, ¿qué es lo que dirige el rumbo de esta maquinaria? Aquí el texto nos regala una metáfora brillante de Max Weber que justifica el título del libro: las ideas funcionan como “guardaguas”. Acosta Silva nos explica que, si bien los intereses materiales mueven el tren de la historia, son las ideas las que accionan la palanca para decidir en

qué dirección avanzamos. Finalmente, este capítulo nos vacuna contra la ingenuidad al definir a las instituciones no como hechos naturales, sino como "invenciones políticas" constantes. El orden y la estabilidad que hoy gozamos en la Red Universitaria no son fortuitos; son el resultado de un delicado equilibrio entre el ejercicio del gobierno (la autoridad) y la gobernanza (la legitimidad académica). Entender esta tensión, nos dice el autor, es el primer paso para entender los cien años de nuestra vida institucional.

Antes de entrar en materia, leyendo el segundo capítulo, es válido preguntarnos: si estamos aquí para celebrar el Centenario de 1925, ¿por qué el libro dedica un capítulo entero a la Colonia y al siglo XIX? La respuesta que nos da Adrián es fundamental para entender nuestra identidad. Nos dice: Cuidado, 1925 no fue un nacimiento espontáneo, fue una Refundación. El libro argumenta que la Universidad no nació en 1925; lo que nació en esa fecha fue el modelo moderno y social que resolvió un pleito de más de un siglo. Para entender por qué Zuno tuvo que "refundar" la Universidad, primero hay que entender qué fue lo que se rompió.

Acosta Silva nos lleva a 1792 no por nostalgia, sino para mostrarnos el ADN original: el regionalismo y la autonomía frente al centro del país. Esos valores nacieron en la Colonia con fray Antonio Alcalde. Lo que celebramos en este Centenario es que, en 1925, logramos por fin rescatar esa herencia y darle un sentido revolucionario y popular. Por eso el autor nos pide mirar atrás: porque no somos una institución de 100 años nacida de la nada; somos la evolución moderna de una lucha de tres siglos". El texto es contundente al señalar que la autonomía política de la Nueva Galicia "reclamó desde un principio el reconocimiento de su autonomía política respecto del centralismo de la Ciudad de México, capital del virreinato". Es decir, la Universidad no se fundó sólo para educar, sino para validar políticamente a un reino que quería ser autónomo del centro. Ese es nuestro origen.

Y el autor sustenta esta tesis llevándonos a la página 42, donde nos recuerda que la fundación de la Real Universidad de Guadalajara en 1792 no fue un hecho aislado, sino la respuesta a una necesidad geopolítica del Reino de la Nueva Galicia. Acosta Silva nos explica que este territorio, que incluía a los actuales estados de Jalisco, Nayarit, Coahuila, Aguascalientes y Zacatecas, reclamaba desde un principio el reconocimiento de su autonomía política, como se mencionó antes. Desde su origen, la Universidad fue la herramienta para consolidar esa identidad regional frente al centro. Pero esta construcción no fue sencilla. En las páginas 43 y 44, el texto detalla el "largo y accidentado proceso de gestión política" impulsado por lo que el autor denomina la "coalición fundacional". Aunque la idea original data de 1696 con fray Felipe Galindo y Chávez, fue necesaria la intervención de las élites de poder locales y, sobre todo, del entonces obispo de Guadalajara, fray Antonio Alcalde y Barriga, quien en 1778 retomó el asunto y logró vencer las resistencias de la capital del virreinato.

Es importante destacar, como señala el libro, que esta “coalición” no sólo logró la Cédula Real de Carlos IV en 1791, sino que vinculó desde el nacimiento a la Universidad con el Real Hospital de San Miguel de Belén (antedecedente de nuestro Hospital Civil), marcando desde entonces la vocación social de la institución. Esta aportación de Alcalde es lo que nos diferencia de otras universidades reales: no nacimos para otorgar grados académicos en una torre de marfil; nacimos vinculados al dolor y a la salud de la gente. Esa vocación social y humanista es la herencia más viva que tenemos hoy en día. Ahora bien, el análisis sociológico que hace Acosta describe una institución nacida bajo normas rígidas de “limpieza de sangre” y pureza de linaje, donde se exigía a los estudiantes vestir “traje negro largo hasta los pies” y “sin frivolidad alguna”. Sin embargo, el autor subraya una paradoja histórica fascinante: fueron precisamente las aulas de esa universidad conservadora y estamental las que formaron a la élite política insurgente y liberal. De ahí egresaron personajes como Pedro Moreno, Valentín Gómez Farías y Francisco Severo Maldonado. Es decir, la universidad Real formó a quienes terminarían derrocando al orden colonial.

Esta contradicción nos llevó a lo que el autor narra en las páginas 47 y 48: el convulso siglo XIX, donde la educación superior se convirtió en el campo de batalla entre liberales y conservadores. Con la llegada del primer gobernador de Jalisco, Prisciliano Sánchez (en 1824), se impulsó una reforma liberal que sustituyó a la “Real Universidad” por el Instituto de Ciencias del Estado. El libro describe este periodo como un ciclo de clausuras y reaperturas, donde la institución cambiaba de nombre y forma dependiendo de quién ostentaba el poder. Esta inestabilidad culminó en la clausura definitiva de 1860, dando paso a lo que Acosta Silva llama en la página 48 el “Interregno”: un periodo de más de 60 años de “sociedad sin universidad”, donde la educación sobrevivió fragmentada en Escuelas Libres de Medicina, Jurisprudencia y Farmacia. Es aquí donde cobra sentido el Centenario que celebramos. En la página 49, el autor analiza cómo José Guadalupe Zuno, en 1925, cierra este ciclo histórico. Zuno no restauró la vieja universidad colonial; creó una nueva identidad institucional. El texto cita las propias memorias de Zuno para explicar el lema “Piensa y Trabaja”: fue elegido con el propósito explícito de romper con la “tradición contemplativa y nula de la época de la conquista” para abrazar la “acción moderna”.

Al adentrarnos en el tercer capítulo, Adrián Acosta Silva nos guía por el periodo más extenso y complejo de nuestra historia moderna: el que va de 1925 a 1988. Aquí, el autor desmonta un mito común: la “Refundación” de 1925 impulsada por el gobernador José Guadalupe Zuno no fue un acto de nostalgia para restaurar la vieja universidad colonial; fue, en palabras del texto, una “reinvención institucional”. La nueva UdeG nació como una ruptura política con el pasado aristocrático y clerical, asumiendo una vocación “pública, popular y revolucionaria” bajo el lema Piensa y Trabaja. El libro documenta con

precisión quirúrgica el costo de esa definición ideológica. Nos narra la gran "fractura" de 1933-1934, cuando la implementación de la educación socialista provocó un cisma que derivó en el cierre de la Universidad por parte del gobierno y, simultáneamente, en el nacimiento de la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG). Acosta Silva nos hace ver que este conflicto no fue sólo académico, sino el reflejo de una sociedad jalisciense polarizada. Sin embargo, esa crisis fue necesaria para clarificar el carácter laico y público de nuestra institución.

A medida que avanzamos hacia la mitad del siglo XX, el análisis se centra en cómo la Universidad logró su estabilidad. El autor acuña el término "gobernabilidad corporativa" para describir el modelo de poder que imperó durante décadas, cimentado en el predominio de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG). El texto reconoce que esta organización no fue un simple actor estudiantil, sino una maquinaria de control político que garantizó la expansión institucional y la gestión de las masas universitarias en una época de crecimiento explosivo. Quizás la parte más valiente de este capítulo es su abordaje de los años 70, una etapa marcada por la violencia y la radicalización. El autor expone el conflicto entre la FEG y el Frente Estudiantil Revolucionario (FER), mencionando el surgimiento de grupos como los "Vikingos" de San Andrés y su deriva hacia la guerrilla urbana con la Liga Comunista 23 de Septiembre. Lejos de la nota roja, el libro analiza esto como una crisis de representación política.

Este periodo culmina con un hecho traumático: el asesinato de Carlos Ramírez Ladewig en 1975. Aquí, la lectura sociológica es fascinante: el autor sostiene que este crimen, lejos de desmoronar al grupo político dominante, funcionó como un catalizador que cohesionó a la élite universitaria. Esa unidad defensiva permitió a la Universidad sobrevivir a la "década perdida" de los 80 y llegar al umbral de la gran reforma de 1989, cerrando así el ciclo de la universidad corporativa para dar paso a la universidad académica que hoy conocemos.

Al llegar al cuarto capítulo, Adrián Acosta Silva nos sitúa en el año clave de 1989. El primero de abril de ese año, toma posesión como rector Raúl Padilla López, el más joven en la historia de la institución, con apenas 34 años. El autor describe este momento no sólo como un cambio administrativo, sino como el inicio de un "proyecto reformador" que transformaría radicalmente la estructura de poder y la organización académica de la Universidad. El libro documenta cómo Padilla, formado políticamente en la FEG, entendió que el viejo modelo de "gobernabilidad corporativa" estaba agotado. Para sobrevivir y crecer, la universidad necesitaba modernizarse. De ahí surge la idea central del capítulo: la creación de la Red Universitaria. Inspirado en modelos como el de la Universidad de California o la de Texas, y en la descentralización de la UNAM, el proyecto buscaba llevar la educación superior a todas las regiones de Jalisco, rompiendo con el centralismo histórico.

Pero Acosta Silva nos recuerda que una reforma de este calado no se hace sólo con buenas intenciones; requiere ingeniería política. El texto narra cómo se construyó lo que él denomina la "Coalición Reformadora": una alianza estratégica entre académicos, políticos y financieros que permitió legitimar el cambio. Esta etapa implicó movimientos audaces, como la sustitución de la vieja FEG por la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) en 1991, y la creación de nuevos sindicatos (SUTUdeG y STAUdeG), diseñando así una nueva arquitectura de gobernabilidad. El punto culminante de este proceso fue la promulgación de la Ley Orgánica de 1994. El autor subraya la importancia histórica de este hecho: por primera vez, la autonomía universitaria —en sus dimensiones de autogobierno, libertad académica y patrimonio— quedó reconocida explícitamente en la ley, avalada por el gobernador y el congreso. Fue el acta de nacimiento legal de la Red.

Sin embargo, el capítulo no es una historia rosa. El autor aborda con rigor los momentos de fractura. Analiza el conflicto de 2008 entre el entonces rector Carlos Briseño Torres y Raúl Padilla, describiéndolo como un choque interno de la coalición gobernante que culminó con la destitución de Briseño y su trágico suicidio en 2009. Este evento, lejos de democratizar el poder, consolidó la centralidad política del grupo reformador. El capítulo cierra llevando la narrativa hasta el presente inmediato. Describe el fallecimiento de Raúl Padilla en abril de 2023 como el "cierre de un ciclo largo de transformaciones". Hoy, la Universidad es un proyecto consolidado con 19 centros universitarios, 177 planteles de educación media superior y presencia en prácticamente todos los municipios, pero enfrenta, como señala el autor, el desafío de renovar su liderazgo tras la partida de su figura más influyente y ante las tensiones con los poderes estatales recientes. La "Red Universitaria" ya no es una idea, es una realidad geopolítica que estructura la vida de Jalisco.

Al llegar al capítulo final de la obra, titulado "Repensar el futuro: dilemas y horizontes", Adrián Acosta Silva nos invita a un ejercicio de prospectiva estratégica fundamental para el inicio de nuestro segundo siglo. El autor comienza con una reflexión potente, citando a Martin Amis, para describir nuestra situación actual como "un viaje con destino, pero sin mapas". En este apartado, el análisis deja de ser retrospectivo para centrarse en los desafíos que definirán la vida de la Universidad de Guadalajara entre el año 2025 y el 2050. El texto nos advierte que estamos transitando hacia un nuevo ecosistema de ideas. Si durante el primer siglo las ideas dominantes fueron las de la "universidad pública", "laica" y la "red universitaria", hoy nos enfrentamos a nuevos paradigmas globales que presionan nuestra identidad institucional. Acosta Silva señala la irrupción de conceptos como la "universidad de clase mundial", la "universidad emprendedora" y la influencia de corrientes como la "Nueva Gestión Pública" y el "capitalismo académico". El reto que nos plantea el libro es cómo navegar estas exigencias de competitividad y mercado sin perder la esencia de nuestra función social.

Uno de los puntos más lúcidos de este capítulo es el reconocimiento de que la incertidumbre es el "problema maldito" del futuro social. Ante esto, el autor identifica que la agenda universitaria ha cambiado radicalmente. Destaca, por ejemplo, cómo la inclusión social y la perspectiva de género se han colocado en el centro de las nuevas políticas públicas. No se trata sólo de un reclamo de justicia, sino de una transformación profunda en el "orden de género" y en las estructuras de decisión académica, donde la feminización de la matrícula y el acceso de las mujeres a plazas académicas son ya irreversibles. Quizás la aportación más valiosa de esta sección sea el planteamiento de los escenarios futuros. El autor nos advierte que el porvenir no está escrito y delinea tres rutas posibles para la UdeG: un escenario tendencial, donde simplemente administramos la inercia; un escenario optimista, basado en el desarrollo de nuevas capacidades de gestión y modelos híbridos; y un escenario pesimista o catastrófico. Sobre este último, Acosta Silva es contundente al advertir sobre el riesgo de la "des-institucionalización", un fenómeno donde la pérdida de la capacidad académica y la burocratización excesiva podrían dar paso a lo que él denomina una "politización salvaje" de la vida universitaria.

Para evitar ese abismo, el libro hace un llamado a "¿Gobernar el futuro?". Nos urge a revisar la reforma de la carrera académica, señalando el problema de fondo del profesorado por tiempo parcial y la necesidad de renovar la planta docente. Asimismo, subraya la importancia de fortalecer una gobernanza que combine la eficacia directiva con la legitimidad académica, superando las rigideces administrativas que a menudo entorpecen la vida institucional. Finalmente, el capítulo cierra con una nota de coyuntura esperanzadora pero cauta. El autor analiza el acuerdo firmado en marzo de 2024 para garantizar el "presupuesto constitucional" a la Universidad. Califica este hecho como una "señal prometedora" para la estabilidad financiera de los próximos años, aunque nos recuerda que la implementación efectiva de este recurso dependerá siempre de nuestra capacidad para sortear las turbulencias políticas y financieras del entorno federal. En suma, este capítulo es un llamado a no dar por sentada la autonomía, sino a reconstruirla diariamente mediante una gestión inteligente, inclusiva y con visión de largo plazo.

Hay un momento brillante en el epílogo donde Adrián nos recuerda que "no hay nada más difícil que encabezar un nuevo orden de cosas". ¿Por qué? Porque el reformador tiene como enemigos a los que se beneficiaban del viejo orden, y sólo tiene "defensores tímidos" en los que se beneficiarán del nuevo. Raúl Padilla rompió esa regla: convirtió a esos "defensores tímidos" en una coalición robusta que permitió crear la Red Universitaria. El libro es honesto y preciso: la fortaleza de Raúl no operaba en el vacío ni en la soledad de la biblioteca. Su genialidad radicaba en la "capacidad de gestión política". Acosta lo define magistralmente como un "insomne político". Alguien que entendió que, para transformar la educación, primero había que construir los acuerdos que la hicieran viable. Este libro no ignora la polémica; la integra como parte de la historia. Nos recuerda

que Raúl era consciente de su propio peso político —decía con sarcasmo que generaba “anticuerpos”—. Al reconocer las “luces, sombras y penumbras”, Adrián Acosta no disminuye la figura de Padilla, al contrario: la vuelve real, compleja y digna de un estudio sociohistórico serio.

Para concluir, coincido plenamente con la nota final del autor. En este Centenario, la figura del Licenciado Raúl Padilla López y la historia de nuestra Universidad no caben sólo en una estatua o en el nombre de un auditorio. La verdadera forma de honrar estos 100 años es entendiéndolos. Este libro, “Ideas, actores y política”, es una invitación a eso: a comprender que la Universidad de Guadalajara es una construcción viva, hecha de disputas, de acuerdos y de una inagotable vocación de futuro.

Leer a Adrián Acosta es mirarnos en el espejo de la historia para preguntarnos: ¿Qué Universidad queremos construir para los próximos 100 años?